

DISCURSO EN EL MONUMENTO A LOS HEROES



Brig. Gral. JORGE QUINTERO Y QUINTERO

Señor Presidente de la República, Señores Jefes de Misión, Altas Autoridades Civiles y Militares; Señoras, Señores.

Hónranme las Fuerzas Militares de Colombia, al nombrarme su vocero para que, en este acto de gratitud de un pueblo hacia sus héroes y creadores de la nación, las represente.

Tan inmerecido honor, por la limitación de mi inteligencia y la torpeza de mi palabra, quiera Dios que lo cumpla con la sencillez del lenguaje castrense, con el amor a los forjadores de mi Patria que llevo como fuego sobre el corazón y con la fuerza que da el renovado juramento de entregar la vida en defensa de la nacionalidad que ellos nos legaron.

Bien está que en este 24 de julio, en la capital de la República, se congreguen al pie de este hermoso monumento las autoridades de la Nación, los representantes de Estados amigos, las mujeres y los hombres; los niños y los ancianos: los que visten traje de paisano y los que llevan el uniforme de las Fuerzas de tierra, mar y aire; que hieran en el ámbito capitalino los toques de clarines y tambores; que se canten a todo pecho los himnos de la Patria; que las armas de la República rindan sus honores; que

la bandera colombiana flamee airosa mostrando su trilogía de colores, bien está porque los héroes a quienes hoy rendimos tributo de admiración, todo lo dieron, todo lo entregaron hasta su propia vida para crear a Colombia y cinco naciones más.

Como soles y estrellas fulguran en nuestro firmamento los nombres de nuestros héroes y como constelaciones los de las campañas y batallas que sellaron nuestra libertad.

Difícil citar en este instante aquellos a quienes hoy debemos recordar porque son muchos, pero imposible registrar sus hazañas porque cada uno las multiplicó por miles.

Mas, sí hay algo que es imperioso decirlo en este momento en que agradecemos su legado: ¿Cuál fue su objetivo? Romper las cadenas de la esclavitud, organizar un estado libre y soberano y darle a los hijos de sus hijos unas creencias, un idioma, unas leyes, una bandera, un himno y un apellido común: ¡Colombianos!

Tamaña epopeya, empresa de titanes, fue lograda tan solo con sus lanzas melladas, sus cabalgaduras escuálidas, sus abastecimientos de hambre y miseria ¡No! No podrían ser estos los medios para vencer la inaccesibilidad de los Andes, la vorágine de los

ríos, la impenetrabilidad de la selva ni la camícula de la llanura; fueron las fuerzas morales: la fe en una causa justa, noble y creadora; la disciplina que les dio cohesión, espíritu de cuerpo, amor al trabajo y luz para llegar al heroísmo, al sacrificio y al triunfo; abnegación para sobreponerse a todas las penalidades; renunciación al bien personal en beneficio del interés general.

¡Bolívar, Libertador! Henos aquí atónitos viendo cómo vuestra grandeza se ha agigantado al paso de 180 años transcurridos desde vuestro nacimiento y 133 después de vuestra muerte física y cuando tomaste el corcel de la gloria que os trajo a la inmortalidad y desde entonces, contemplas con la espada desnuda las Repúblicas de Colombia, Bolivia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela; vuestras obras.

Como bronces épicos fulgen las campañas desde la llamada Admirable, la de Apure, Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho, en donde vuestra técnica militar, intrepidez de hombre, genialidad de conductor, desprendimiento de patriota y magnanimidad de jefe, les dieron luz que iluminan nuestra libertad.

Piedra noble, tallada con el arte de vuestra imaginación son las arengas, el epistolario y el delirio sobre el Chimborazo en donde el amor a la gloria, culto a la belleza y sed de sabiduría les dieron armonía perfecta de un credo de amor a la Patria y fe en sus destinos.

Como mármol generoso es el ideario de los Congresos de Angostura y Panamá, tallado con el buril del ar-

tífice, la noble ambición del vicionario y el análisis certero del genio en donde convergen como faros los objetivos por alcanzar nuestros pueblos.

Por eso, bien está que esos pueblos de las patrias, hijas vuestras y como incienso a libertad hayan levantado este monumento en bronce, piedra y mármol a vos Bolívar ¡Libertador!

Manes del Padre de la Patria; del Organizador de la Victoria; del Gran Mariscal de Ayacucho; del que en átomos volando escribió la epopeya en San Mateo; del que en Bárbula subió a la inmortalidad envuelto en la Bandera; del que haciendo lo imposible arrebató los mares y los ofrendó a su Patria; del que sirviendo a la ciencia entregó su vida en el cadalso. Al recibir este monumento que perpetúa vuestra memoria y el de cien patricios más, recibid hoy la ratificación de nuestra promesa de hombre de armas, de que Colombia será inmortal.

¡Ciudadanos! En el instante en que el Señor Presidente, oficiando en este altar de la Patria, condecoraba las Banderas de Guerra de la Escuela de Infantería, Batallones: Colombia, Junín, Rifles, Maza, Tenerife, Palacé, San Mateo, Cisneros, Codazzi y Base Aérea Germán Olano, parecióme ver descender del olimpo nuestros héroes y en vorágine de laureles y estandartes vaciarán en bronce los nombres de las batallas y de las unidades guerreras que nos dieron esa libertad bendita, libertad dentro del orden como reza nuestro escudo que hemos defendido y defenderemos siempre, y oí un pueblo que en coro de fe y de esperanza clamaba: Colombia, Patria mía!